

Aplazado-escrito: una revuelta por decir. Revolución y escritura desde los *Cuadernos negros*

David Peidro Pérez*
Cátedra Internacional de Hermenéutica Crítica (HERCRITIA)

Recibido: 26/10/2020

Aceptado: 30/11/2020

Resumen: Se lleva a cabo la lectura del Parágrafo 140 de Reflexiones III en un rastreo de la tensión establecida entre los términos “escritura”, y “vuelco” o “revolución”, para, desde ella dinamizar las implicaciones ontopolíticas del hecho escritural en Heidegger. A partir del vínculo nuclear con la Kehre, la lectura se desplaza hacia la relación con y entre Fredrich Hölderlin y los Manuscritos de Karl Marx, para así dilucidar el alcance de la “revuelta” resguardada y activada en el tiempo propio de la escritura.

Palabras clave: Escritura, aplazamiento, dominio, revuelta, trabajo, mano, Kehre.

Postponed-written: a revolt to be said. Revolution and writing since The Black Notebooks.

Abstract: The reading of Paragraph 140 of Reflections III is carried out in a trace of the tension established between the terms "writing", and "overturning" or "revolution", in order to dynamize from it the ontopolitical implications of the scriptural fact in Heidegger. Starting from the nuclear link with Kehre, reading moves towards the relationship with and between Fredrich Hölderlin and Karl Marx's Manuscripts, in order to elucidate the scope of the "revolt" that is protected and activated in the time proper to writing.

Key words: Writing, postponement, domination, revolt, work, hand, Kehre.

* miembro GET de la Universitat d'Alacant. david_peidro@yahoo.es

-Voy para allá. Ya voy.

Juan Rulfo

(...) todos son, no se puede decir “contemporáneos”, pues precisamente la caída del tiempo condiciona el que ellos *sean todos*.

Rainer Maria Rilke

Nos hallamos sin duda a una cierta distancia; la debida, la que impone un deber que no se elige y al que se corresponde en cada lectura o en cada intento de aproximación a un escrito. Hoy aquí, la distancia se despliega entorno a los *Cuadernos negros* de Martin Heidegger de un modo que parece asaltarnos, que nos avasalla forzándonos a tomar posición, conmoviendo nuestra postura en un sentido u otro en el círculo que irradian sus palabras y su relación con las acciones y los silencios —el compromiso con el NSDAP y la aparente falta de palabras acerca de la solución final. Tras la publicación reciente de parte de los cuadernos, la impostura vendría dada por una falta de posicionamiento. ¿Cómo callar ante ello? ¿Qué decir? De forma más aguda, en un momento como éste, aquí enmarcado bajo las palabras *Heidegger y revolución*. La lectura manda, y ante ella el cuidado se acrecienta: toda lectura que lo sea puede resultar, como veremos, *catastrófica*. Virginia Woolf afirmaba que “hablar es provocar una explosión”, y con ello asumimos la capacidad de un escrito de hacer saltar todo por los aires. Tanto es así, que, en atención a esta lectura que nos emplaza de forma inevitable, la cuestión parece retroceder, no sé si con cautela, y dirigirse hacia algo así como las condiciones tácitas de lectura de los cuadernos, desplazarse en dirección a lo banal e inaparente de la escritura, de la mano sobre el papel, y el silencio trascurrido hasta su publicación. Una publicación, por cierto, tan tardía como paradójicamente anticipada. Sólo desde aquí, en la debida distancia, vamos a leer lo que de revolución, lo que de revuelta haya en ellos. A no ser que sea precisamente esta distancia la que nos desvele, contra todo pronóstico, el impacto de estas palabras: revolución, revuelta. O dicho de otro modo, a no ser que no sea la revuelta nada sin contar de hecho con esta distancia arrojada por los escritos. Pero en este momento aun deberemos esperar.

Hablaremos pues de la escritura. Y hablaremos también, desde ella, de la revuelta. Hablaremos en el cerco que imponen las resonancias de los cuadernos, el eco, la repetición insistente, y al parecer jamás del todo concretada, de una revolución silenciosa: una revolución que se deja presentir como una necesidad o emergencia precisamente en lo que de silente tiene una escritura que permaneció décadas aguardando no sólo la publicación, sino su despliegue, su desempaquetado. El silencio de lo escrito insiste de tal modo en la petición y en la urgencia que difícilmente los términos que componen la “revolución silenciosa” se dejan pensar bajo una mera relación de calificación.

Y como el cuidado manda, en un breve inciso convendría señalar un hecho paradójico, extraño incluso gramaticalmente. Por unos instantes atendamos a las distintas caras del determinante “la”. Decimos *la* escritura como decimos *la* revuelta y, en cambio, la luz que dicho artículo arroja en cada caso es diversa. Lo que en primer lugar parece ser determinante —la escritura, esta que ahora nos ocupa, la de Heidegger

en los *Cuadernos*, y de forma extensiva toda escritura, el escribir mismo–, en el segundo caso ilumina una desconcertante indeterminación: ¿hacia dónde apunta este “la” cuando hablamos de “la revuelta”? ¿Hacia Heidegger? ¿Hacia la de Heidegger? ¿La hay? ¿Cuál? ¿Esa revolución silente tan presente y a la vez ausente en los cuadernos? La determinación del artículo se dispersa o se refracta al acercarse a la revolución o a lo que de revuelta pueda haber, si es que lo hay. En cambio, el determinante de la escritura adquiere solo concreción en el trazo de los cuadernos. Atenderemos con ellos dos momentos polares, nos moveremos entre uno y otro: los correspondientes al año de rectorado entre 1933 y 1934 y – en espera de la publicación de otros volúmenes – a ciertos escritos del verano de 1945, en un extremo y otro del compromiso con el movimiento nacionalsocialista en torno al cual gira el llamado “caso Heidegger”.

El conjunto completo alcanza los treinta y cuatro cuadernos manuscritos: el primero de ellos del que se dispone viene fechado en la primera página -«octubre de 1931»- bajo la rúbrica «Señas y reflexiones (II) e indicaciones» y el conjunto abarca hasta la fecha más reciente signada: «Le Thor 1969» al cual sigue, sin datar, «Cosas provisionales IV» que debió escribirse en los inicios de 1970. Según las afirmaciones de Hermann Heidegger y Friedrich-Wilhelm von Herrmann, afirmaciones que nos llegan en parte a través de lo escrito por Peter Trawny, los cuadernos fueron trasladados en la década de los setenta al Archivo Alemán de Literatura de Marbach bajo las indicaciones del autor de no ser publicados hasta que la edición de los *Gesamtausgabe* hubiese sido completada –ya lo señalado demarca un plazo– sin que además fuesen ojeados ni leídos por nadie hasta ese momento, en palabras de von Herrmann, «por así decirlo, bajo doble secreto». Si los cuadernos se aplazan para el cierre, no responde esto a considerarlos como meros escritos inacabados: la prohibición, el secreto, son muestras de este hecho. Están marcados. Algo más los sitúa. A pesar de ello, el administrador del legado decidió avanzar la publicación en vistas a la previsible tardanza a la hora de editar parte de los volúmenes esperados, porque estos retrasos «no debían perjudicar la empresa entera de hacer que el pensamiento de Martin Heidegger se muestre en la forma debida» (Heidegger, 2015, p. 415). Así dicho, se hace patente el modo en que “la mostración de forma debida” –cabría preguntar en qué radica el deber de mostrar y cuál deba ser su forma– interrumpe rasgando la indicación de un plazo, aplaza el plazo, lo desplaza y anticipa su mostración intencionadamente retardada en la doble violación de un secreto doble –el del tiempo y el de la ocultación–. En pleno cálculo, la ruptura del plazo aun así no logra cancelar la distancia desplegada por el resguardo de lo escrito ni aun cuando disloca el momento previsto de la lectura y lo sitúa y abre en un hoy: el de ahora y aquí, nosotros que entre secretos y violaciones leemos, dispuestos, digamos, en estos giros.

En cualquier caso, ésta es la distancia y éste es el lugar en que los cuadernos nos sitúan. Von Herrmann y Alfieri ofrecen al respecto un testimonio ineludible. Más allá de ello, no deja de resultar sorprendente que la escritura manuscrita llevada a cabo en privado inaugure un recorrido de tan largo alcance. Pero aún más significativo resulta que este recorrido sea objeto de un minucioso cálculo de publicación y previsión cronológica si pensamos que viene de la mano del autor más férreamente crítico con la razón calculadora y la publicidad, con los procesos de plena puesta a disposición del ente por parte de la maquinación técnica. No podemos pasar por alto este manejo por parte de Heidegger de un cálculo de publicitación para la disposición precisa en un punto, en un momento cronológico previsto de antemano y al cuál deberían sujetarse los editores. Recuerda a las disposiciones a las que Heidegger sometió la entrevista realizada para *Der Spiegel* en 1966. En aquel caso el texto –originariamente oral– no

debía ver la luz hasta después de su muerte, con su consecuente publicación en la primavera de 1976. En éste, los cuadernos han esperado largo tiempo; las fechas se han demorado incluso viéndose anticipadas de mano de los editores, como no pudiendo esperar ya más en atención a la oscuridad de “lo debido”, pero sin dejar de obedecer a disposiciones calculadas y planes trazados con amplia antelación. Todo ello es escritura.

En el manuscrito autobiográfico de 1937-1938, *Beilage zu Wunsch und Wille (Über die Bewahrung des Versuchten)*, Heidegger traza el plan a aplicar a su propia obra y con ello la separación entre dos planos, dos niveles solapados –citamos a Volpi- «-quizá recordando lo que la tradición hace para el Corpus Aristotelicum- la *partición* entre escritos exotéricos, dirigidos al público, y escritos esotéricos, *reservados* a quien esté dispuesto a prepararse de manera adecuada para ellos» (Volpi, 2010, p. 33) . Con ello, el plan clasifica, y lo hace del siguiente modo:

- las clases universitarias,
- las conferencias,
- los apuntes para los ejercicios de los seminarios,
- los trabajos preparatorios para la obra,
- reflexiones y esbozos,
- el curso sobre Hölderlin del semestre de invierno de 1934 y 1935 y los apuntes sobre el Empédocles,
- *Beiträge zur Philosophie. Vom Ereignis.*

Las Reflexiones correspondientes a los *Cuadernos* ocupan el sexto lugar antes de los cursos –públicos– sobre Hölderlin dedicados a los himnos *Germania* y *El Rin* y los *Beiträge*, que, como clave de bóveda, cierran el conjunto del transcurso. Aun así, estas son las obras relegadas a una más tardía publicación. Su aplazamiento resulta elocuente, aún más al conocer el plan pronosticado. Por un lado, siguen hasta el extremo la fidelidad al corte entre planos, a la separación ambigua de todo solapaje, en este caso entre lo esotérico y lo exotérico, entre la obra pública y la reservada. En ellos la *partición* se hace efectiva sin ambages. Por otro, la superan y exceden en una tarea de reserva que equivale a una publicación extremadamente aplazada, aún más lejos, más allá –y más acá– de los *Beiträge*, hacia el punto más exterior de los escritos esotéricos. Cierta afuera parece anunciarse al delimitarse en ellos. Se toma distancia por la fuerza. Desde luego, el aplazamiento constituye un mecanismo en absoluto neutro en la configuración de la obra, hasta el punto de devenir el dispositivo de entrada o de exclusión, la demarcación entre lo público y lo esotérico, entre lo de adentro y lo de afuera en lo que con dificultad se puede penetrar –o salir. Se aplaza como condición de entrada a un afuera en los escritos “reservados” en la “*partición*” –estas palabras son las empleadas por Volpi–. Remite esto más lejos; podríamos anticipar analogías: ¿resguarda la dinámica del aplazamiento un movimiento capaz de establecer cierta exterioridad? ¿Traza el aplazamiento el posible acceso a un afuera, a un afuera del dominio de la metafísica, pongamos por caso? Vayamos poco a poco, resulta necesario no anticiparse.

He aquí que Heidegger, el pensador de la técnica y más consciente crítico de la calculabilidad como configuración metafísica del dominio bajo la forma de la publicidad, calcula con minuciosidad y de antemano la publicación de los manuscritos de los *Cuadernos Negros* hasta situarlos cronológicamente en los márgenes externos de su obra ya partida y reservada. El aplazamiento de lo escrito proyecta una destinación – un destinatario “dispuesto a prepararse para su lectura”– hacia la que se lanza la letra escrita aun después de todo, o precisamente después de todo, quizá con la intención de

ganar tiempo –para la preparación de *Gesamtausgabe*, para la preparación del destino y el destinatario del envío–, o de ganar tiempo en su pérdida, en su deposición condicionada. Se pierde tiempo para ganarlo. Lo escrito así dispuesto y calculado concierne –digamos– a un tiempo fuera de tiempo. El aplazamiento es su cara visible.

Cumplido el tiempo, el escrito vuelve, retorna. Da la vuelta y en su retorno –desde el antes, desde la reserva– da un vuelco. Reparte y replantea la obra en su totalidad. Da figura a la voz volcada en el trazo de la mano, a la voz que da la vuelta y torna, a la voz de vuelta –y aquí no debe dejar de oírse el eco de la *Stimme* y la *Stimmung*, a su preminencia en todo el decir de Heidegger–, devuelve la voz en silencio ahora y fuera ya de tiempo. Parece señalarse de alguna manera a alguna torsión particular de la voz y el tiempo y la escritura. Como si se anunciase en su desplazamiento el retorno de lo ausente, la fantasmagoría de un *revenant* que vuelve y viene para volver a decir. Un *revenant* además que calladamente parece moverse en paralelo al de otros cuadernos y anotaciones, las de Malte Lauris Bridge de Rilke, o en la cercanía de los ángeles de sus elegías. Pero no es aún el momento para hacer aparecer estos nombres. En relación con la escritura, en el juego de envío que inaugura con su retorno, se comprometen las nociones de presencia (*Anwesenheit*) y presente (*Gegenwart*) emplazadas o desplazadas en su vuelco, en el pliegue de su vuelta tan cumplida como en todo momento pendiente y en suspenso.

Es pues el vuelco de la voz, pero el vuelco también de Heidegger. Particularmente, y de manera inmediata, un vuelco del “caso Heidegger” que siempre una y otra vez retorna insistentemente, ineludible. Desde este aplazamiento, desde esto escrito pues, nos disponemos a leer la particularidad de la indeterminada revuelta, de la revolución que está en espera, silenciosa o silenciada.

*

El marco es difuso y parece poder venir dado tentativamente por términos como “diario filosófico” o “diario de pensamiento”; hacia ellos apunta con cautela Trawny tan pronto como el manuscrito elude semejante cuño. Más allá de la etiqueta inmediatamente aceptable, nada hay que permita dar el paso de un registro diario, la ordenación fecha a fecha o el sometimiento cronológico de vivencias subjetivas, al término “diario” como género disponible. Nada da la preminencia ni a un sujeto ni a una concatenación datable, o al menos jamás adquieren el poder de un criterio ni aun cuando la referencia al contexto o al “hoy” sean innegables. Sólo en su superficie podrían considerarse los cuadernos “diarios”; menos aún desde la experiencia del desdoblamiento o retardo del hoy impreso –aquí intencionadamente– en la escritura. Es lo cronológico lo que tiembla.

Hablaremos pues de la escritura para en ella o con ella hacerlo sobre la posible revuelta. No obstante, atendiendo a los cuadernos convendrá leer antes aún de hablar; leer si cabe lo escrito sobre la escritura, rastrear sus trazos. Bien es cierto que no son numerosas las menciones a la acción de escribir ni a su acto, pero, tomando prestada la mirada sobre fondos y figuras, el fondo –siempre el mismo fondo, el telón callado pero presente del escribir, la escritura, en el fondo siempre el acto de escribir– deja surgir tangencialmente palabras que lo alumbran. La página requiere el tiempo de una espera.

De nuevo Heidegger da indicaciones: «No decir inmediatamente, ni menos aún escribir inmediatamente».

Leeremos el parágrafo 140 de Reflexiones III y su entorno, cronológicamente justo en el cambio de rumbo entre el rectorado y su abandono.

En él, el mandato parece claro: no decir, no escribir. Pero la negación recae más bien sobre el adverbio repetido: ante todo, *no inmediatamente*. Es la inmediatez la que

se ve cercenada por la negación para recaer luego en los verbos, como si se excluyese, en el caso de que fuese posible no hacerlo, toda posibilidad de decir o escribir fuera de mediaciones. Dicho así el imperativo contra la inmediatez imanta al conjunto de los cuadernos y, más allá de ellos, a las obras completas que, a posteriori, deberán cerrar. No ya. No ahora sin más. No en este ahora; algo mediante ha de interceder por fuerza. Dibuja con ello casi un plan de acción, pero una acción que desvela un desequilibrio solo atendido de soslayo: junto a un “no decir” hallamos un “ni menos aún escribir”. La escritura se ve entonces más hondamente afectada por la negación de la inmediatez. Esta es la tensión a la que atender para situarnos entre escritura y revuelta, el emplazamiento preciso. Tal vez cabría escuchar con atención aquí ecos de lo dicho por Hölderlin en relación a la captación y lo sagrado en sus ensayos sobre la tragedia –lo sagrado no puede manifestarse sin mediación; tal vez también una taimada influencia de la dialéctica en sus diversas configuraciones. Pero vamos a dejar por ahora al margen estas posibles líneas difusas que trazan hilos con el cierre de la inmediatez para recorrer el modo en que, al hablar de la escritura, ésta es prohibida de forma rotunda, “más aún”, tanto que da señas de una situación particular o una relación desigual entre lo dicho y lo escrito.

De entrada, que se adquiriera el tono del imperativo excluye la posibilidad a la que de manera más común se podría acudir: no, no se trata de que la escritura, derivada de la voz, técnicamente conformada, posea un grado mayor de mediatez por ello. Si así fuese –aunque no cabe librarse de la referencia al elaborar, la técnica y el trabajo– no serían necesarios ni el mandato ni la negación. Más bien parece apuntarse en dirección contraria, como si la inmediatez constituyese un peligro mayor precisamente en el caso del trazo sobre la hoja. Ese peligro es el margen que, contra todo pronóstico, delimita al escrito e impulsa su aplazamiento.

La sentencia abre el párrafo 140 de *Reflexiones y señas III*, aparentemente cercano al final del rectorado fechado –esta vez sí– el 28 de abril de 1934 en el párrafo 114 del mismo cuaderno. Esto sitúa la negativa repetida a la inmediatez de lo escrito muy cerca de los “acontecimientos” que ese mismo año marcaron –según el propio Heidegger en la carta dirigida en 1945 al rectorado de la Universidad Albert Ludwig, ya entonces bajo tutela francesa– el alejamiento respecto a la política implantada por la NSDAP, especialmente en relación a la gestión universitaria.

Por estas fechas los cuadernos pivotan muy a menudo en torno a la educación, a su relación con pueblo e historia, alrededor de lo que pudiese quedar en ella de destinal. Poco antes del cese como rector esboza en párrafo 106 cinco líneas como cinco exigencias arrojadas a «aquellos que están *trabajando* aquí» (Heidegger, 2015, p. 131). De entre ellas nos vamos a detener en dos por su referencia, directa o no, con la prohibición de la inmediatez. En primer lugar, la exigencia –de nuevo la exhortación, otra vez el mandato– de «que esta misión del filósofo que antecede en mucho no se deje desplazar por la premiosidad de lo actual ni por la dimensión pública de los “emprendimientos”». Luego, en segundo lugar, la quinta y última exigencia: «no perder *jamás* de vista la *mediatez* esencial de toda dirección *espiritual*». En esta constelación, el manuscrito subraya los términos “trabajo”, “jamás” y “mediatez”. Se alumbran en la tensión mutua apuntando quizá al trabajo en tanto que negación de lo inmediato dado, desde lo cual brotaría lo espiritual. El que trabaja aquí –a fin de cuentas, cerca del ser, en «su aparente marginalidad y su presunta endebles» (Heidegger, 2015, p. 131) no debe olvidar jamás la mediatez esencial, mediatez que, siguiendo en paralelo la primera exigencia, no se deja arrastrar por la premiosidad ni por la dimensión pública. Es la filosofía de lo que se trata; es ella la que se pone en juego. Para ello el trabajo, precisamente y a la vez en lo que tiene de obrante, debe rehuir de lo inmediato público,

sin dejarse desplazar por la premura de lo actual ni lo publicitable. Se anticipa en más de una década la confrontación contra la “publicidad” de la *Carta sobre el humanismo*, y se la sitúa en el núcleo de la condición de pensar lo marginal del ser, en lo requerido de su trabajo. ¿Hasta dónde alcanzan las resonancias de ese *trabajo*? ¿Cómo se dejan leer una vez escritas? Poco después, casi de inmediato, leemos: «Arrastrar todo a lo público significa aniquilar toda existencia real. Al fin y al cabo, todo esto no es más que un marxismo invertido, y en cuanto tal tanto resulta más peligroso, porque el engaño –el espiritual– queda ahora más solapado que nunca» (Heidegger, 2015, p. 131). La inmediatez se alinea con la puesta a disposición de lo público y el desplazamiento realizado por la premura de lo actual. Despunta además una compleja polémica con las lecturas de Marx que demanda ser ineludiblemente atendida y sólo en cierto sentido retardada ahora.

Y todo ello sin que la posibilidad de callar ni siquiera se contemple –no olvidemos el peso que este callar impondrá luego cuando se trate del exterminio. Ya antes de 1933 el problema de cómo decir parece acuciar a Heidegger. En un párrafo de *Reflexiones II* iniciado bajo la rúbrica *Filosofar*: escribe:

¿Pero cómo se hace este esbozar que construye anteponiendo? ¿Escribiendo acaso volúmenes que sean todo lo gruesos que se pueda? ¡No! ¡Pero pese a todo algún tipo de comunicado así será necesario! Sí, pero no un comunicado masivo. Sino el comunicado simple, despacioso, abarcable, y sin embargo justamente inagotable y que acucie sin parar (Heidegger, 2015, p. 51)

Entre interrogantes y exclamaciones silenciosas se presenta como una necesidad: urge lo que se antepone fuera del mercadeo, simple, lento, inagotable y siempre acuciante, taimado anticiparse que retorna en su acuciar. Los momentos se solapan en un adelantarse que siempre vuelve. Este es el trabajo, manual, casi artesano: fuera de tiempo, luego, más tarde, a la debida distancia, simultanear ambos extremos de un envío. A la vez trabajo de escritura y tiempo escrito.

La condena cobra otro relieve tras lo dicho: no inmediatamente, aún menos escribir. Y si habla un “aún menos” es porque el peligro se presenta más acuciante o, por otro lado, menos esquivable del lado de la mano que de la voz, a pesar de la urgencia de cierto “comunicado”. La mano trabaja ajena ya al hoy, a su prisa, se sustrae a ella y evita el desplazamiento o la reinserción en los “emprendimientos” de un marxismo invertido, “aún más peligroso”. Aún más o aún menos –el movimiento es constante y oscila–, la mano no es de hoy. No hay manejo público. Indesplazable, se aplaza, se aparta en un movimiento contra-actual, en el instante mismo, pero no de forma inmediata, como si su hoy sufriese un pliegue o una rasgadura en que un tiempo fuese desplegado en esa brecha. Esta es la exigencia y esta la prohibición que solo la mano puede acatar. Nada más lejos de un diario; ni *Tagebuch* ni *Zeitung*, la temporalidad trabajada es otra.

*

No decir inmediatamente, ni menos aún escribir inmediatamente “sobre” Heráclito, Kant, Hölderlin, Nietzsche; sino, en medio de un agradecimiento oculto, transformarlos en poder y en densidad. Y solo entonces –si es que se logra hacer eso– resituarlos como completos extraños en lo grande que tienen de más propio. Pues de otro modo los hacemos partícipes de nuestras medias tintas. (Heidegger, 2015, p. 139)

Para situar más precisamente la exhortación a la mano y su trabajo –la prohibición de su inmediatez– reproducimos el fragmento 141 completo.

Remarquemos que se ubica en el lugar determinado de los cuadernos en que se atiende a cierta acuciante penuria o precariedad de la que Heidegger, habiendo abandonado ya su puesto de rector, es testigo, parece ser desde hace tiempo. El término *Not* se repite periódicamente y cobra centralidad en las líneas de 1934 hasta cobrar una centralidad fugaz en el fin preciso de la guerra, tal y como vamos a ver más adelante. Aparece una y otra vez caracterizada bajo la particular tensión de una anfibología solo aparente. Su denuncia parece mostrar brillos de agradecimiento en algunas ocasiones. Líneas más arriba, es «la penuria suprema de una época sin necesidades» (Heidegger, 2015, p. 139). Penuria sin necesidades, necesidad propia de cuando no se necesita: la aparente contradicción redundante en el vuelco y en el giro que torna invisible aquello que asalta de forma acuciante. El asalto resulta discreto, acontece calladamente, y con ello se acrecienta el riesgo. Ya sucedía en el solapamiento de la inversión del marxismo – peligro del silenciamiento efectivo y no tanto del fantasma de Marx. Al mismo tiempo, ocurre de forma muy similar con la discreción de la urgencia que no necesita nada. No se ve ni da señal de alarma, esquivada toda percepción inmediata. Las líneas de Heidegger suelen arremeter a menudo contra la mediocridad que equipara con un hambre bien calculada, «la que nos han hecho pasar cebándonos con cáscaras vacías» (Heidegger, 2015, p. 138).

He aquí algo que podríamos identificar como el anclaje “histórico” del fragmento, el porqué de la prohibición. Si aún menos debe escribirse con inmediatez es de hecho porque «de otro modo los hacemos partícipes (a Heráclito, a Kant, a Hölderlin y a Nietzsche) de nuestras medias tintas.» La retirada de la apacible penuria de la medianía siempre actual pasa por el trabajo manual en absoluto inmediato, por la mano que sin hoy escribe y traza y que aplaza la disposición, que pliega el tiempo del habla en el escrito para «no hablar “sobre”» ellos, sobre Heráclito, Kant, Hölderlin, Nietzsche – nótese de paso el encadenamiento Grecia-Alemania así realizado. De tal manera, al aplazamiento corresponde la renuncia al manejo, a la puesta bajo plena disponibilidad que fundamenta toda discursividad tematizante, tal vez de manera preminente la universitaria –aquella y no sé cómo no decir que muy a menudo también ésta. La educación imanta el texto lanzado fuera del hoy, previsto para su recepción intencionadamente fuera de contexto. Se lanza contra la universidad y no se lanza contra ella en un envío hendido y desdoblado.

No se escribirá inmediatamente; no se escribirá “sobre”. Las comillas desplazan este “sobre”, dislocan un tematizar que no es otra cosa que situar objeto y sujeto en relación de disponibilidad. Pero las comillas también señalan, apuntan, y cuando lo hacen suspenden y denuncian para enseguida intercalar el elemento mediador: la transformación en *poder* y *densidad* que se da en el medio del *agradecimiento*. Constelación tensa: poder, densidad, agradecimiento. He aquí la distancia y he aquí la brecha. No es momento éste de recordar puntualmente los momentos en que de forma repetida Heidegger liga entre sí los verbos *danken* y *denken*, agradecer y pensar. Abriría una perspectiva hacia el trazo que aúna el agradecer y su correspondencia con el dar (*geben*) y el hay (*es gibt*) hasta *Tiempo* y *ser*. Que sirva esto solo para apuntar ahora hacia esta correspondencia que lejos de tematizar irrumpe y media para ejercer la transformación y el vuelco en *Macht* y en *Dicht*. En estas palabras resuena el poder como resuena también el hacer, y junto a ello retorna el eco de lo denso, del espesor y de la niebla. También del poema. En Hesíodo las Musas nacidas de la Memoria descienden del Helicón en la niebla –*Dicht* en alemán– surgida de nueve noches sucesivas (Hesíodo, 2001, p. 13), esas Musas que en los escritos de W. F. Otto son

justamente el decir, el lenguaje y su epifanía. El poema densifica y espesa contra toda pretensión de transparencia. Tanto es así que por espesamiento o alteraciones puede llegar a dar lugar incluso a máculas o a trisuras. También el trazo de letras es una densificación. Quizá por eso se imponga como tarea «escribir los diálogos ocultos del lenguaje»: escribir, de nuevo el escribir en atención a lo soterrado cómplice de aquello no reconducible y cercano a la marginalidad (la del ser, la próxima de los que *trabajan aquí*). Sea como sea, lo así trabajado aparece ya no bajo el dispositivo del tema, de lo decible “sobre”, sino ya como desplazado, extranjero fuera de lugar –fuera de tiempo– en plena penuria, decible. ¿Cómo? Nuevo vuelco, esta vez de lugares y plazas: ellos –de Heráclito a Nietzsche– son desplazados y «resituados como completos extraños en lo grande que tienen de más propio.»

Una primera lectura podría sentirse resuelta del siguiente modo: ubicados inmediatamente en época de medianía aquello grande resulta extraño. Su grandeza destacaría sobre un telón de mediocridad administrada y de necesidades solventadas que, lejos de eliminar la penuria, la fundan a la vez que la esconden y agravan en esa mercadería del marxismo invertido, dado la vuelta. La lectura no yerra. No obstante, algo más tensa las palabras. La necesidad impulsa el avance, y cabe la posibilidad de que cierta tensión no pese tanto sobre el término “grandeza” como sobre otras palabras. De hecho, si la grandeza irrumpe en tanto que es lo más propio y en ello reside la posibilidad de extrañeza, atendida ya la palabra “grandeza”, pongamos el acento en “extraño” y “propio”. No cabe asepsis en relación a ellas. Desde la tensión que las une y las separa simultáneamente saltará quizá la revuelta.

*

Volvamos a lo dicho: la medianía choca y conmociona en su inmediatez. Es lo mediocre. Impacta precisamente desde su no hacerse notar. No lo olvidemos: ejerce el golpe violento en 1933 y 1934 bajo la figura de un nazismo en cuyo eje se emplaza Heidegger con plena consciencia y desde el cual, también, polemiza con el poder del discurso arrancado de la raza:

Si hay una verdad en eso del poder de la “raza” (del nativo), ¿tendrán entonces los alemanes la necesidad y el deber de perder su esencia histórica, de renunciar a ella y de organizarlo todo para que desaparezca? (Heidegger, 2015, p. 139)

La penuria (*Not*) es multifacética hasta justificar el discurso racista capaz de sofocar la esencia histórica, aquello por lo que se dice en la Alemania de estos años luchar, y «criar miopes desprevenidos que no tienen ni idea». El hoy más “necesitado” de 1934 y que nos proyectan los manuscritos –hoy aplazado y sin tiempo– golpea hasta dislocar:

¿O la conmoción actual es solo la precursora de un viraje de vuelta completo y auténtico desde el fondo, un viraje de vuelta con el que se deshace el enredamiento en meros envases?

Todavía no hay una perseverante relación con la diferencia de ser que nos temple, nos sustente y nos estimule, sino solo el apañado redil de una enorme cantidad de envases, empaquetados, en los cuales todos patalean sintiéndose seguros y a gusto (Heidegger, 2015, p. 139)

Es el párrafo 138 de Reflexiones III el preludio del que surge la prohibición especialmente ejercida sobre la escritura, la negación a obedecer a lo inmediato que nos

ocupa. Entre la pregunta por la conmoción que aboca a los meros envases, a las cáscaras vacías, y la prohibición, solo media un escueto «¿Quiénes somos? ¿Y de quiénes somos?» del fragmento 139. El nosotros puesto entre interrogantes pende significativamente entre la disponibilidad y la prohibición dirigida al decir y escribir. No cabe rendirse, menos aun escribiendo, a la demanda apresurada del redil: el vuelco de un tiempo otro –el del trazo contra-actual– lo permite y lo exige. Pero no solo eso, simultáneamente el golpe de la penuria imprime el movimiento necesario para deshacer el enredamiento de los envases –cáscaras vacías, pero también envoltorio aparente de la mercancía en espera de su consumo–, para en primer lugar desencadenar un viraje. El término empleado es *Umkehrung*.

¿Cuál es la relación entre esta *Umkehrung* y el tiempo del pliegue y vuelco de la escritura? ¿Dispone la *Umkehrung* el agradecimiento mediador que densifica y ejerce poder fuera del habla tematizante? ¿En qué manera participa de la tensión entre la extrañeza y la propiedad? Dicho de otro modo: sobre lo que se pregunta es sobre la constelación entre escritura y *Umkehrung*.

Éste es el vuelco, ésta la *Umkehrung*.

La palabra resulta intraducible en todas sus múltiples caras. En ella es reconocible su parentesco con la *Kehre* cuya aparición, como señala Volpi, Heidegger databa, escrito en el margen de su ejemplar particular de trabajo, entre los párrafos 5 y 6 (Volpi, 2010, p. 22) de la conferencia *Vom Wesen der Wahrheit*, de 1930. Las fechas están próximas entre sí. A tiempo retardado, el propio autor data el nacimiento de la *Kehre* en un intersticio entre dos bloques de un texto impreso, un intersticio y un texto en que la palabra *Kehre* aún no aparece, por cierto, pero que se efectúa en el giro o pliegue en que se ponen precisamente en relación las palabras *libertad*, *encubrimiento* y *verdad* para dar paso a arrojar paradójicamente luz sobre el *misterio* (Heidegger, 2000, p. 164). En su no apariencia precisamente se lleva a cabo por vez primera, en cambio, esta *Kehre* que guiará a todo el llamado segundo Heidegger. Atendemos sólo aquí su posible cercanía con la *Umkehrung*, ese término volcado a veces al castellano como “viraje de vuelta”. Las palabras parecen repetir el gesto del giro. Si la *Kehre* es la vuelta, el viraje, la curva extrema de un camino escarpado en ascenso, el giro efectuado en un aparente cambio de dirección que en cambio no deja de avanzar hacia un mismo sentido, la *Umkehrung* insiste en la torsión y la vuelta mediante el prefijo *Um-*.

Multiplicado el giro en torno, de forma similar a como se da una y otra vuelta al envío de unas líneas y unos cuadernos que van y se mandan para volver en su lectura a una plaza de inicio –un hoy y una fecha– que no retorna pero que nos alcanza como a través o fuera ya de una cronología, multiplicado el giro, decimos, en el *um-* (en torno) la *Kehre* impresa por el movimiento discreto de la penuria (*Not*) tan presente en las *Reflexiones* y central en el texto u homilía de junio de 1945, dispone el vuelco de otras lecturas, ahora las del propio Heidegger.

*

Umkehrung: Heidegger escribe la palabra, Heidegger la lee. El término, cuya traducción permanece aún suspendida aquí, muy posiblemente es tomado de otros textos desde los cuales él lo trae cada vez de vuelta, girado, dado la vuelta tal vez.

Inmediatamente, no podía ser de otra manera: Hölderlin. Efectivamente, en las notas sobre Antígona y Edipo rey que proyectaba acompañaran a sus traducciones de Sófocles, el término resulta nuclear. La *Umkehrung* se corresponde con la cesura, con instante contrarrítmico –son las palabras traídas por Hölderlin– en que el proto-agonista, al fin y al cabo el núcleo o la plaza en la que gira el conflicto originario, recibe el golpe

inaplazable que tras su retardo debe cumplirse, el punto del giro en que la tragedia da un vuelco: Antígona deviene irremediabilmente condenada ya antes de cualquier acción, Edipo es sabedor de su posición de criminal, siempre demasiado tarde y a la vez en el momento justo. Es simultáneamente el punto de equilibrio compositivo. Y es también el momento de torsión en que en el acontecer de los mortales se da un quiebre, un agrietamiento o corte, una cesura en que surge precisamente lo absolutamente indisponible. A esto Hölderlin lo denomina lo *aórgico*, aunque también es dicho bajo otras palabras: lo sacro (Hölderlin 2001, p. 116). En la *Umkehrung* se hace efectivo el impacto de lo divino en tanto que aquello en absoluto manejable en el instante mismo en que se efectúa la violación de la ley sagrada, también fuera de todo *chronós* identificable, el punto agudo en que lo divino se muestra justo en su retirada. La *Umkehrung* dice la inversión de un orden; en griego, es la *Katastrophé*.

Si traducir es comprender (Heidegger, 2005, p. 149) –palabras de Heidegger– pero a la vez no hay traducción sin conmoción –palabras ahora de Carles Riba–, *Umkehrung* traduce pues en la pluma de Hölderlin la *Katastrophé* griega. Bettina von Arnim nos hace llegar por escrito palabras que el poeta dijo densamente en los últimos momentos de su entenebrecimiento: todo es rítmico (Hölderlin, 2005, p. 39), y en el ritmo de la tragedia acontecen la cesura y el vuelco, dejando ver –señalará Hölderlin– el carácter fácticamente letal del lenguaje (Hölderlin, 2005, p. 164). La palabra mata. La palabra precipita lo por venir y lo dilata en su instante. Y cuando ocurre, literalmente, es el tiempo «se da la vuelta» (Hölderlin, 2005, p. 160). Si al principio afirmábamos con Woolf que hablar es provocar una explosión, he aquí un rostro de este hecho. En la justa violación del orden, lenguaje y catástrofe se tocan, las palabras son ya y vienen de y hacia los muertos, de modo semejante a como escribir es anticipar la muerte. Aún más la escritura.

Pero quizá no sea ésta la única imagen de la explosión, su deflagración única ni su único foco.

No sólo desde Hölderlin nos devuelve Heidegger la palabra *Umkehrung*, ni “catástrofe” se inscribe como la última posible traducción. En las siguientes líneas seguiremos una lectura posible inaugurada por Philippe Lacoue-Labarthe en su presentación al texto-homilía titulado *La pobreza* y leído por Heidegger en el castillo de Waldestein en el cambio al verano del año 1945 en el momento mismo del fin de la guerra, de la caída de la Alemania guiada por el Führer, aquel –en afirmación de Heidegger dirigida a Jaspers– de tan “hermosas manos”.

Otro escritor al que parece volver una y otra vez Heidegger, pero en esta ocasión de manera callada e inconfesable, es Karl Marx. Desde él nos devuelve también la *Umkehrung* cada vez que la escribe o traza en los cuadernos, y de ella quizá se derive también otra lectura y otra traducción resultado de un nuevo giro decible.

El año 1932 se lleva a cabo la publicación de los *Frühschriften* de Marx de mano de Landshut y Mayer. Heidegger adquiere esta edición y la trabaja profusamente durante años, citándola periódicamente, aunque siempre de manera fugaz, hasta los últimos seminarios de Zollikon y Le Thor. El debate con Marx y el comunismo atraviesa los cuadernos y, en general todos los escritos de los años 30 y 40. Pensemos en los trabajos sobre Jünger, u obras esotéricas, aquellas no destinadas de algún modo a no ser leídas, pero sí escritas, como *La historia del ser*, o la mención que a Marx dedica caracterizándolo como un privilegiado pensador de la técnica en la contemporaneidad. Y, aun así, jamás se tematiza a Marx. No hay demora escrita en él; por él se pasa.

En este lugar cabría preguntarse ahora cuándo Heidegger habla precisamente de Marx y cuándo no, cuando es su referente callado, cuándo lo ataca y cuándo lo evita, o mejor aún, cuándo esquiva publicar su referencia a él y cómo. En este sentido sería

urgente deslindar la referencia efectiva a Marx de la mención habitual al bolchevismo, al cual siempre caracteriza acudiendo a la definición de Lenin por cierto –“soviet más electrificación”–, en una rotunda reconducción al círculo de la técnica que ¿acaso no pasa a aplicar desde 1934 también al nazismo?; O rastrear si no cabe la posibilidad de que cuando habla de Jünger –ese nacional-bolchevista tan incómodo para el partido– además de ver en él el trasunto de Nietzsche, no lleva a cabo, además, una confrontación en el fondo con la noción marxiana de trabajo en un momento en que, un apellido era pronunciable –Nietzsche–, pero otro –Marx– no. Una lectura de lo político impensado tal y como lo presenta Pierre Bordieu jugaría aquí un gran papel.

No obstante, nos concierne ahora leer lo escrito por Marx para dar el paso a la lectura de Heidegger, a su mirada sobre el papel, todo en relación a la intraducible *Umkehrung* y, como si de un bajo continuo se tratase, de la vuelta y el vuelco de lo escrito.

De entrada, Lacoue-Labarthe tiende los lazos invisibles que tal vez Heidegger no visualizaba cuando pregunta si «¿sabía Heidegger que Marx sabía quién era Hölderlin? ¿Y que lo había leído?» (Lacoue-Labarthe, 2006, p. 65). Trazada esta línea el trasvase o el desplazamiento adquiere un relieve impensado. Efectivamente el joven Marx había oído hablar a Bettina von Arnim, la misma de la cual, por cierto, hemos recibido aplazadas las palabras del poeta acerca el ritmo y lo sagrado, de su corte en la *Umkehrung* a fin de cuentas. Tanto, que inserta un epígrafe del *Hiperión* en una edición de los *Anales franco-alemanes* correspondiente a la demoledora antepenúltima carta en que se arremete contra el pueblo alemán. El relieve es otro si se constata que en la edición manejada por Heidegger en las inmediaciones de las observaciones a las traducciones de Sófocles hallamos un texto titulado *Kommunismus der Geister*, y que es de suponer que tanto Marx como Heidegger leyeron.

Nos situamos precisamente en lo escrito, y en lo escrito con la mano, en la acción (*Handlung*) de escribir también unos cuadernos que cumplen su tendencia a llegar tarde y justo a tiempo. Justo en la apertura del tercero de los *manuscritos* leemos: «La propiedad privada, como actividad para sí, como sujeto como persona, es el trabajo» (Marx, 1985, p. 135). Leído así inmediatamente no deja de reconocerse nada más que ya un tópico, cuando en este escrito entra en relación activa palabras hasta ahora conductoras: lo propio (*das Eigene*) de la propiedad (*Eigentum*) en tanto que actividad (*Handlung*) es trabajo (*Arbeit*). Cada término juega un papel e imprime un movimiento en el entorno del parágrafo 141 de *Reflexiones III*; ellas movilizan la prohibición y el aplazamiento de lo escrito y, así, el encaje de las obras o del obrar mismo de Heidegger.

Propiedad, trabajo, mano: las tres conducen en los márgenes la pregunta acerca de la escritura y la revuelta. Esa revuelta impulsada por la penuria (*Not*) de la medianía respecto a la cual debe distanciarse el obrar de los trabajadores de aquí –de la universidad, del partido, del estado– los cercanos a la marginalidad del ser, en su resalte y salida respecto a la penuria misma del mercadeo y la puesta a disposición mediante una prohibición de la inmediatez especialmente exigible a la escritura capaz de densificar un decir no tematizable que inserte como extraño aquello más propio.

En la tensión cargada así entre estos términos nos movemos. Pero en realidad no hemos dejado de situarnos en ella –entre ellos– desde que movilizaba, al fin y al cabo y de parte a parte, la disposición y avance del pensar de Heidegger, de su meditado aplazamiento y de esa salida de la calculabilidad técnica de todo ente mediante, precisamente, la dislocación impresa por el hecho de escribir. En estas tres palabras escritas –propio, mano, trabajo– pivota calladamente, en el resguardo del misterio, el vuelco de la *Kehre*. Viene de su mano. Quizá sí algún modo de solapaje con Marx resulte localizable, y quizá algo pueda decir respecto a la revuelta en lo escrito.

Sólo desde ahí pueden cobrar relieve el tratamiento de lo extraño, extranjero y ajeno (*das Fremde*) que parece además movilizar el tan repetido *caso*, y que ahora se muestra en una discreta nuclearidad.

Pero sin soltar la mano de Marx, las referencias soterradas respecto al extrañamiento serían previsiblemente múltiples. Por ejemplo: en el mismo tercer manuscrito, el comunismo es delineado como «superación positiva de la propiedad privada en cuanto autoextrañamiento (*Selbstentfremdung*) del hombre y por lo tanto como apropiación real de la esencia humana» (Marx, 1985, p. 143), para definirse en un último golpe bajo la firma de un «pleno *retorno*». De modo tal, que en Marx el giro o *Kehre* se torna correlato del vuelco hacia lo propio. Vista aquí en su relación con lo propio (*Eigene*) y, directa o indirectamente con el campo que a su alrededor se extiende (*Eigentum, Ereignis*), la *Kehre* y su vuelta retornan con insistencia en constelaciones similares aquí y allá, siempre en momento significativos del cumplimiento de la modernidad como tecnificación, en que «la máquina se acomoda a la debilidad del hombre para convertir al hombre débil en máquina» (Marx, 1985, p. 159).

En este ámbito la vuelta propia de la *Umkehrung* bien podría traducirse como “revolución” además de, también, como “*katastrophé*”. Queda escrito. Y que es esta *Umkehrung* la que –en cita celebre hoy pero que ya encabezaba la edición de los Manuscritos de Marx a cargo de Landshut y Mayer que manejó Heidegger– debía realizar «el salto (*Sprung*) desde el reino de la necesidad (*Not*) al reino de la libertad (*Freiheit*)» (Lacoue-Labarthe, 2006, p. 63). He aquí un encaje, un correlato de tríadas o de constelaciones: propiedad-trabajo-mano por un lado, salto-penuria-libertad por otro. En este hueco abierto se enmarcan las consideraciones sobre la urgencia de evitar la inmediatez en la escritura en la salida de un discurso tematizante. Es el escritor, el docente, el rector quien lo plantea. Pero a la vez en este encaje tenso se dispone el espacio de la salida impulsada por *Umkehrung* y *Kehre*, por la revuelta y la torna.

Ningún trasvase es limpio ni carente de residuos ni resistencias. Pero en cualquier caso si la reterritorialización de las palabras entre Marx y Heidegger es realmente efectiva, si supone además el paso por Hölderlin y su constatación de la cesura y la *katastrophé* como instantes de recepción de lo sacro *aórgico* no disponible, el impacto de cierta *revolución* en la escritura de Heidegger resulta improrrogable.

En cualquier caso, es de este tercer cuaderno manuscrito de donde Heidegger obtendrá muy probablemente el material cordial de su clase-homilía del 27 de junio de 1945, ya con la rendición de Alemania hecha pública y efectiva y con las autoridades francesas apostadas en Friburgo y su universidad dispuestas a poner en marcha un proceso que suspenderá temporalmente a Heidegger de todo cargo docente.

*

Pero para no alejarnos, no dejemos de saltar de unos manuscritos a otros, de los de 1844 a los de 1934, de los de Marx a los de Heidegger, y no olvidemos que volviendo a los Cuadernos de la *Reflexiones III* es de la educación –también de la educación– de lo que se trataba en primer plano, en la medida en que ella puede abrir la posibilidad de la recuperación de la cercanía al ser. De la educación y el pensar en lo que de inseparable tienen en el interior del discurso heideggeriano. En segundo plano, la institución de la universidad y la disposición de poder que en relación al pueblo y la historia detenta. También en relación a la maquinación y el mercado. El problema de la enseñanza así planteado pertenece en todo momento y de modo inaplazable a la esencia de la técnica y se debate en la confrontación (*Auseinandersetzung*) con ella. Se trata pues en último término de una resituación y desplazamiento de plazas y lugares. En esta confrontación

que ubica y reubica se hace patente lo que Heidegger afirma y Jacques Derrida retoma: que “nosotros intentamos aquí aprender a pensar” (Derrida, 2012, p. 378).

Recuperemos ahora aquellas líneas exhortativas dirigidas a los enseñantes-pensadores recuperadas más arriba, las cinco líneas dispuestas para guiar la tarea de aquellos que próximos a la marginalidad del ser “trabajan aquí”. Derrida persiste justo en el trabajo titulado *La mano de Heidegger*: Pero, ¿qué significa aprender? Aprender pasa por ser un trabajo de artesano –Heidegger lo aproxima al del carpintero–, manual, a fin de cuentas una forma de *Handwerk*, en otro plano un actuar, *Handlung* podría decirse, lejos de la separación tajante entre teoría y praxis y, desde luego más allá del sometimiento inmediato a la utilidad pública (Derrida, 2012, p. 379). Se constata aquí una jerarquización clara que coloca, contra la política de plena industrialización del momento, la nobleza de la manufactura, del trabajo manual, por encima de la máquina y la maquinación. Parece salir a la luz además una asociación secreta, una mutua remisión entre términos: giran en torno unos de otros en común constelación sin abolir sus distancias: actuar, pensar. *Handeln, denken*.

¿Es posible desde aquí ignorar la aguda actualidad de la mano que escribe y piensa?

Respondamos sin dejar de oír las resonancias del manuscrito de Marx. En el curso sobre –¿o deberíamos decir en o desde?– Parménides impartido en la Universidad de Friburgo en el semestre del invierno de 1942-1943, precisamente en el tiempo intersticial y repetitivo de la recapitulación de una lección inmediatamente anterior, asalta una mención a la escritura. Se realiza en estos términos:

El hombre actúa (*handelt*) a través de la mano, pues la mano (*Hand*) es, junto con la palabra, la caracterización esencial del hombre. Solamente el ente que “tiene”, como el hombre, la palabra, también puede y debe tener la mano. –y continua un poco más adelante– No es casual que el hombre moderno escriba “con” máquina de escribir y “dicte” (la misma palabra que poetizar, *dichten* –pero también la misma que densificar o enrarecer) “en” una máquina. Esta historia de los tipos de escritura es una de las principales razones para la creciente destrucción de la palabra

Y las consecuencias se refuerzan aún más, más adelante en la misma página:

La escritura maquinal despoja a la mano de su rango en el dominio de la palabra escrita y degrada la palabra a un medio de comunicación. Además, la máquina de escribir ofrece la “ventaja” de ocultar el manuscrito y, con ello, el carácter. En la máquina de escribir todos los hombres tienen el mismo aspecto (Heidegger, 2005b, p. 105)

Como en la educación, la jerarquía se traza y fija con movimientos semejantes, paralelos en Marx y Heidegger, en relación precisamente al actuar y el escribir, entre la mano y la palabra, o entre la dejación de la mano y la posesión de la máquina. Resultaría pertinente aquí traer a colación el hecho nada banal de que Heidegger no escribiese nunca a máquina sus obras, lo cual reconduce la mirada hacia su hermano Fritz y la relación mediada a través de la tarea de éste de mecanografiar los escritos del profesor de Friburgo. O hacia que su obra dedicada a Chillida fuese originariamente litografiada a partir de su escrito a mano. O, en otro orden de cosas, que precisamente nos ocupemos aquí de unos manuscritos cuidadosamente guardados en unos cuadernos de tapa negra envueltos en papel encerado y aplazados hasta el límite de la obra.

La escritura, por lo tanto, además de efectuar un vuelco de giro y retorno en un desplazamiento ajeno a un hoy fijable cronológicamente, determina la apertura del pensar en su relación con la palabra cuando palabra y mano se dan, de hecho, la mano, yendo más allá y salvaguardando lo que de indisponible tiene el que escribe. La

máquina ejerce una borradura apropiándose del hombre, da la vuelta invirtiendo la relación de propiedad. Es éste el Marx que afirma que la máquina acude al hombre débil para hacer del hombre una máquina; y calladamente es también Heidegger quien lo afirmaría. Es más, esta borradura que hace del retorno un deber, podría remitir a otro texto, también manuscrito, no hecho para ser publicado. La medianía y la igualación del mercadeo acucian, y en una carta dirigida a Witold Hulewicz, el traductor polaco de la *Elegías de Duino*, dice Rilke: «Ahora llegan de América vacías cosas indiferentes, pseudocosas, trampas de la vida... Una casa, en la mente americana, una manzana o una vid americanas no tienen nada en común con la casa, la fruta, el racimo en que habían penetrado la esperanza y el ensimismamiento de nuestros antepasados... Las cosas vividas y animadas, las cosas que comparten nuestro saber, decaen y no pueden ser ya substituidas» (Rilke, 1998, p. 21-22) Las cosas –en griego, como los actos: *pragmata*– decaen en su disolución en lo consumible de inmediato. La afinación con la crítica continuada al americanismo en los cuadernos resulta bien audible, y algo muy similar se deja oír también en las lecciones de 1951 y 1952 recogidas bajo el título *Qué significa pensar*, algo puesto además en relación con la mano y la máquina, precisamente, de escribir (Heidegger, 2005, p. 78-82). Consumo, maquinismo, medianía, penuria: todo ello cancela la mano y el actuar, la posibilidad misma del pensar y de la acción. Contra ello la tarea del poeta es resguardar en la escritura lo invisible, para efectuar la caída del tiempo en que lo pasado y lo venidero se dan a la vez, como en una inacabable vuelta a una Comala que siempre vuelve, pero a la que nunca se acaba de volver. Desde la escritura siempre cabe decir un –ya voy, eternamente desplazado. En Rilke, en su ángel, la escritura del poema abre el envío y reenvío de los sido y por ser en una vuelta que permite a todos *ser*, digamos, fuera de tiempo. He aquí el vuelco, he aquí la escritura, en los momentos en que escritura y revuelta se dan a mano.

Pero tampoco se nos debe pasar por alto la figura del *Schreibtischmörder* –del asesino de la máquina de escribir, del homicida de oficina– en todo lo que de siniestro e inaparente pueda presentarse: el administrativo que desde su despacho redacta en su máquina de escribir siguiendo órdenes con absoluta limpieza y sin rastro de sí los listados de aquellos que irán deportados o desplazados al *Lager*, las manos efectivas y demasiado limpias de la solución final. La palabra letal en toda su efectividad ya sin ni si quiera contar con proto-agonistas visibles. Las tintas se cargan en la mano de lo escrito y en su borradura: la condena tanto como la revolución.

Este es el tiempo de los *Cuadernos* manuscritos que nos emplaza y nos vuelve aplazado en sus líneas. Ese 27 de junio de 1945, en el escenario ya trazado en resonancias simultáneas –Hölderlin, Böhme, Eckhart, pero también y con gran potencia Marx–, las palabras de un manuscrito de 1844 publicado en 1932 dan pie al vuelco ya esbozado en los fragmentos trabajados de *Reflexiones III*, aquel sobre la prohibición de la inmediatez en lo dicho, pero aún más en lo escrito para el distanciamiento de y desde la penuria. De hecho, esto lo polariza todo ya desde aquel doble encaje de las tríadas propiedad-trabajo-mano y salto-penuria-libertad.

Se hace sensible hasta qué punto Heidegger tenía siempre a mano los manuscritos de Marx cuando en ellos leemos ahora:

El hombre rico (*reich*) es, al mismo tiempo, el hombre necesitado de una totalidad de exteriorización vital humana. El hombre en el que su propia realización existe como necesidad interna, como urgencia (*Not*) (Marx, 1985, p. 153)

Y en las mismas hojas, aquella tesis según la cual se hace necesaria una: «revolución que dé el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad».

Los pivotes disponen un espacio de pensamiento en que Heidegger se mueve, escribe y habla, en pleno vuelco del Reich, en el giro o torsión entre libertad y necesidad, en la vuelta y revuelta de aquella penuria señalada y denunciada en toda su necesaria ambigüedad. Es entonces cuando dice:

Pero si el giro (*Umkehr*) es pensado más profundamente, entonces, todo queda girado. La libertad es la necesidad (*Notwendigkeit*) en la medida en que lo liberante, lo no-necesitado por la necesidad, es lo no necesario. Ser pobre quiere decir: no carecer de nada salvo de lo no necesario. (Heidegger, 2006, p. 111)

Palabras a través de las cuales se dejan escuchar las resonancias del Hölderlin que afirmaba que «Nos hemos vuelto pobres para llegar a ser ricos» y que guían el avance de la proclama calmada en Waldstein. Los giros y vuelcos se solapan y repiten en la voz en el trazo y en la acción».

Philippe Lacoue-Labarthe traduce por ello *Umkehrung* como catástrofe, como revuelta, como vuelco. Vuelco ejercido ya no sólo en el cambio de dirección iniciado entre los párrafos 5 y 6 de La esencia de la verdad con la *Kehre*, como señalaba en su escrito Heidegger, entre encubrimiento, verdad, misterio y libertad, en abierto enfrentamiento –particular enfrentamiento que no levanta fuerzas de choque– con la dominación de la medianía de la maquinación técnica fuera y dentro de la universidad. Todo queda escrito, guardado y aguardado para su acción, en la escritura, preservado y a mano en ella.

En lo escrito la distancia se abre en el instante mismo en que se salva. En esta apertura o pliegue se inscribe la posibilidad de la vuelta y el vuelco. Voy para allá, voy –lo digo cuando no estoy, y sólo estando puedo decirlo desde la ausencia, en el salto, o en la mano, en el salto de lo necesario a la apertura libre ya desligada de la accesibilidad de la plena presencia. Hablamos ya de la revuelta que rompe y parte en un volver y devolver el envío de la palabra ligada a la mano, de la revuelta de la escritura ajena ya a la apremiante disponibilidad del hoy y que, sin hoy suspende el tiempo cronológico como lo hace el poema y lo denso del ángel en la palabra. Hablamos de *la* revuelta que marca el retorno y la marcha jamás cumplida de lo sido, y de *la* revuelta capaz de desplegar en una grieta de excepción aquello indisponible. *La* revuelta por ello nunca del todo determinable por el determinante que la precede. Es *la* revuelta al fin y al cabo de la mano que trabaja en el trazado de una quiebra de la mera medianía igualadora y dispone la posible aparición de lo imprevisto en un sistema de aparente cierre del dominio metafísico. Es la revolución y el *vórtex* del decir, la catástrofe o la revolución aún por decir y actuar una vez desplazada la línea de disposición absoluta. Salta por los aires. Es, al fin, la revuelta de una escritura que en el solapamiento y dislocamientos de voces reúne y nos reúne en la lectura misma haciendo posible y efectivo el vuelco desde los cuadernos aplazados de lo dicho por Heidegger –no diré, del vuelco ya de una vez del llamado caso Heidegger.

Octubre de 2019 y octubre de 2020

Referencias

- Bordieu, P. (1991). *La ontología política de Martin Heidegger*. Barcelona, Ed. Paidós Ibérica.
- Derrida, J. (2012). *La mano de Heidegger*. en Archivos: Revista de Filosofía, N°. 6-7, págs. 365-410
- Heidegger, M. (2000). *De la esencia de la verdad*, en Hitos. Madrid, Ed. Alianza.
- Heidegger, M. (2005). *Qué significa pensar*. Madrid, Ed. Trotta.
- Heidegger, M. (2005b). *Parménides*. Madrid, Ed. Akal.
- Heidegger, M. (2006). *La pobreza*. Ciudad de México, Amorrortu editores.
- Heidegger, M. (2015). *Cuadernos negros 1931-1938*. Madrid, Ed. Trotta.
- Herrmann, F-W, y Alfieri, F. (2019). *Martin Heidegger. La verdad sobre los cuadernos negros*. Granada, Editorial Comares.
- Hesíodo. (2001). *Obras y fragmentos*. Madrid, Editorial Gredos.
- Hölderlin, F. (2001). *Ensayos*. Madrid, Hiperión Editorial.
- Hölderlin, F. (2005). *Poemas de la locura*. Madrid, Hiperión Editorial.
- Lacoue- Labarthe, P. (2006). *Presentación*. En Heidegger, M. (2006). *La pobreza*. Ciudad de México, Amorrortu editores.
- Malé, J. (2006) *Carles Riba i la traducció*. Barcelona, Quaderns 1, Punctum i Trilcat.
- Marx, K. (1985) *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid, Alianza Editorial.
- Otto, W. F. (2005). *Las musas*. Madrid, Ediciones Siruela.
- Rilke, R. M. (1998). *Las elegías de Duino*. Barcelona, Editorial Lumen.
- Rulfo, J. *Pedro Páramo*. (2016). Ciudad de México, Editorial R.M.
- Volpi, F. (2010). *Martin Heidegger*. Aportes a la filosofía. Quito, Maya Ediciones.
- Woolf, V. (2003). *Las olas*. Barcelona, Ed. Tusquets.